

El cínico Elpidio, líder de la secta del Perro, tenía casa y familia, pero vivía en la calle. Dormía al aire libre en el puerto entre los sacos y balas de las mercancías, y se refugiaba en una caseta abandonada cuando hacía mal tiempo. Gracias a su género de vida, gozaba de una salud de hierro. Para él, despertar y levantarse eran lo mismo. En pie desde el amanecer, paseaba por el puerto durante toda la mañana. Unos días caminaba por el istmo hasta el antiguo templo de Poseidón en la isla, del que quedaban en pie tres columnas, y otros bordeaba el Puerto Grande hasta el Museo. Como las caminatas le abrían el apetito, solía aceptar las invitaciones de los oficiales de los barcos a compartir su comida. Aquellos hombres, inteligentes y capaces pero iletrados, sabían apreciar la conversación con el filósofo, al que tenían en gran estima, tanta como él a sus calderos de pescado y sus cabezas de cordero asadas. Además, en Alejandría no había quien bebiera mejores vinos, traídos directamente de Rodas o de

Sicilia. Luego, Elpidio regresaba a su nido o se acomodaba en un jardín público y dormía la siesta a la sombra de un arbusto.

Solía pronunciar sus conferencias y discursos frente a la Basílica Grande a la caída de la tarde un par de veces por semana. Sentado en la tribuna de las proclamas con las piernas abiertas y los pies descalzos y mugrientos colgando en el vacío, dejaba fluir los ríos de su abrupta elocuencia. El cayado y el zurrón yacían a su lado. Iba desnudo y envuelto únicamente en el manto, como los cínicos antiguos, sin túnica ni camisa. La maraña de su cabellera, barba y pobladas cejas formaba tal bola de pelos que a cierta distancia sólo era visible su prominente nariz.

Estaba prohibido utilizar aquel lugar por particulares para evitar que los chiflados y fanáticos que infestaban Alejandría molestaran a los ciudadanos o se burlaran de la autoridad, pero los decretos del prefecto Orestes no se habían hecho para los perros. En su caso, los guardias tenían orden de mirar para otro lado, ya que si algo temía Orestes más que a sus propios dolores reumáticos era el descontento de las sectas filosóficas, con las que contaba para contrarrestar las tropelías del obispo Crispulo. Su política de equilibrio requería prohibir y permitir al mismo tiempo las mismas cosas según a quiénes, lo que en verdad, en una ciudad como aquélla, resultaba agotador. Pero para eso estaban

los políticos, se decía él, que era hombre chapado a la antigua, esto es, culto y refinado.

El variopinto auditorio, en el que se contaban muchos estudiantes, funcionarios, artesanos y algunos patricios, tanto hombres como mujeres, se distribuía en torno al orador sin orden ni concierto, de modo que a veces el áspero manto de un esclavo rozaba el pecho cubierto de seda de una dama. Estos contactos sociales solían ser satisfactorios para todos. El público de Elpidio se componía más de curiosos que de seguidores. Nada engolado y algo tartamudo, poseía una cultura inmensa y un gran sentido del humor. El magistrado responsable de la Biblioteca le habría empleado con gusto en ella, o él mismo hubiera podido fundar una escuela filosófica como habían hecho algunos de sus compañeros, sin renunciar, según decían ellos, a las más puras esencias de la doctrina de Diógenes, pero prefería pasar hambre y tener parásitos en la cabeza a ser un piojo de la cabellera de la sabiduría o alimentarse de su leche, que siempre fue agria. Escupía cuando decía esto.

Exageraba a todas luces, pues además de llevar una vida bastante agradable dentro de la austeridad o gracias a ella tenía abiertas de par en par las puertas de casas importantes. Era libre y no del todo carente de poder y de influencia. Había cosas que no se hacían en la ciudad sin consultarle en privado como a uno de los

jefes cuya opinión contaba. Podía proclamar, sin que sus palabras se volvieran contra él, que la verdadera libertad consistía en no tener amo, y en no convertirse en tirano de jóvenes e ignorantes como hacían muchos filósofos, que a su vez dependían de otros tiranos a quienes debían su bienestar, y además desplumaban a los incautos que se arrimaban a ellos en busca de un conocimiento del que carecían.

No admitía junto a sí a nadie deseoso de aprender su doctrina, salvo en encuentros informales, que no obligaban a nada, ni siquiera a permanecer en silencio mientras él hablaba. Siendo un hombre responsable, se negaba a asumir responsabilidades, y las pocas que aceptaba tenían su origen exclusivamente en razones personales y en la amistad. Como el hecho de velar por el príncipe dacio Mihai Gospod, en atención a sus buenas relaciones con Janus de Vucoveni, este viejo cínico, preceptor de los niños de la casa de Gospod, había facilitado al muchacho la fuga de su patria encomendándosele a Elpidio tras el golpe de estado que había acabado con su familia.

Para Elpidio, Mihai era como un hijo. Había ido creciendo hasta convertirse en un muchacho inteligente y robusto. Todos, incluido él, le llamaban Bárbaro, pues aunque no lo era, ya que su origen era dacio y no godo, lo parecía por su porte, su piel blanca y rosa, su extraña nariz aplastada, sus ojos grises y su

cabello castaño que amarilleaba al sol. Por fuera parecía duro, pero en el fondo era un muchacho ingenuo y noble. No carecía de formación, en parte adquirida gracias a sus preceptores como Janus y la sofista Eulalia Macedónica, que habían sido para él como su propia familia de sangre, y en parte por las enseñanzas de Elpidio. Éste se ocupaba de su educación y de su seguridad sin coartar su libertad de movimientos. Decía que aunque se hubiera dejado matar por él, no pensaba mover un dedo para dirigir su vida. Tal era el abierto y liberal talante de su pedagogía. El joven Bárbaro se había acostumbrado a Alejandría, la ciudad más abigarrada y cosmopolita del mundo, donde pasaba desapercibido y era un perro más de la jauría de Diógenes, aunque los verdaderos cínicos le miraban con cierta condescendencia.

Como de costumbre, al término de una charla interrumpida por frecuentes cruces de diálogo con el público y algún que otro denuesto por parte de cristianos o enemigos personales, unos cuantos seguidores rodearon al filósofo para hablar con él en privado. Algunos le llevaban una jarra de vino y tortas, otros dulces, aceitunas o flores, pero no siempre aceptaba regalos. Bárbaro se encontraba presente entre el público. Deseaba hablar con Elpidio y lo esperó. Cuando el maestro logró deshacerse de sus acosadores, ambos se retiraron a un jardincillo cercano a compartir los alimentos.

—¿Qué es de tu vida, Bárbaro? Hace días que no te veo —preguntó el filósofo al joven mientras partía el pan y unos pescados secos, y le daba una buena ración.

—Regular —exclamó Bárbaro con la boca llena—. Últimamente no como mucho. A ti, según parece, no te falta de nada, pero a los jóvenes nadie nos socorre. Ayer tuve que pedir un trago de agua como si fuera néctar de los dioses, y coger una torta y un pedazo de cecina de una taberna de la playa de Aguaverde sin ser visto. Prefiero que me lo den de buen grado. No me gusta que me tomen por un ladrón, y sobre todo que actúen en consecuencia —y se tocó la parte de la cabeza donde había recibido hacía poco una pedrada a causa de unos higos que había tomado del árbol sin intención de robar, sólo para apaciguar su hambre—. Pero no creas que me quejo. Lo único que digo es que los ricos ociosos no deberían socorrer a los pobres a su capricho, sino a horas fijas.

—¿Dónde duermes estos días? —preguntó Elpidio, pues Bárbaro solía cambiar de lugar de un modo caprichoso. Nunca se quedaba mucho tiempo en el mismo sitio.

—En el Soma<sup>1</sup>, como el gran Alejandro, sobre el suelo de mármol del pórtico. Cuando abro los ojos al despertar, veo recortarse contra el cielo el hermoso follaje

---

(1) Mausoleo de Alejandro Magno. (N. del E.)

de piedra que corona sus columnas. Cerca de mí duerme uno al que llaman el Rubio. ¿Le conoces?

Todo el mundo en Alejandría conocía al Rubio. Era un hombre de edad indefinida, cuyos ojos azules miraban por entre apelmazados mechones hirsutos y grasientos, que una vez fueron de oro. Ahora estaba tan sucio que su pelo parecía una masa de fieltro o estropajo y, aun así, algo de su esplendor brillaba a través de la capa de mugre como brilla la veta de metal entre la ganga. Siete años antes había bajado de un barco negro de vela roja que atracó en el puerto en mitad de la noche. La nave volvió a zarpar antes de que saliera el sol, tan furtivamente que nadie la había visto, salvo algunos guardias borrachos. Éstos, llenos de alegría y como fuera de sí, dijeron que llevaba guirnaldas de hiedra en los palos y transportaba vino en cántaros rojos con bandas de delfines negros pintados en la panza. Uno aseguró que había oído un rugido como el de un oso —pero ¿qué sabría de osos él, si nunca había salido del Delta?—, que provenía de su bodega. No se vio a ninguno de sus ocupantes salvo al Rubio. Al día siguiente apareció en el muelle, dormido entre las ánforas de un cargamento procedente de Rodas. Los guardias recibieron un merecido castigo por no avisar de la llegada y los movimientos de la misteriosa nave, pero en la cárcel de la prefectura no dejaron de reír y alborotar ni siquiera cuando se les administró una generosa

ración de vergajazos. Parecían ser presa de una borrachera que no se iba a disipar nunca —y así fue: vivieron y murieron como cubas, y sus cantos de beodos resonaron en los infiernos. Se dijo que todo apuntaba a la influencia terrible de Dioniso, dios del vino, del teatro y de las máscaras, que a menudo hacía notar su presencia en la ciudad.

El Rubio no articulaba palabra, no se trataba con nadie ni tenía la menor intención de trabajar para ganarse el sustento. No fue reclamado como pariente o esclavo, así que permaneció libre. Se sentó a la sombra de uno de los pórticos de la tumba de Alejandro, y allí se quedó siete años. A veces desaparecía durante algún tiempo, pero siempre regresaba. No pedía limosna. Con la barbilla apoyada en los brazos cruzados sobre las rodillas, su postura favorita, miraba a los transeúntes a los ojos. Aunque sonreía a menudo, nadie le había oído hablar. Se decía que le habían cortado la lengua en algún lance. No era cierto. No hablaba porque no quería, o porque el dios no quería que lo hiciera. Dioniso era un dios taciturno. Prefería el grito a la palabra.

Algunos pensaron al principio que era un cínico venido de fuera, pero los cínicos procuraban abrigarse con el manto de estameña, por más extranjeros que fuesen, como Bárbaro, que había cambiado las pieles finas y cómodas que se usaban en su tierra por la aspe-

reza del estambre, mientras que el Rubio siempre estaba completamente desnudo, hiciera frío o calor. A veces un alma caritativa, casi siempre un cristiano, le echaba por encima una prenda de abrigo, quizá más para cubrir su desnudez de hombre bien dotado que para librarle del frío. Pero él se lo quitaba con mansedumbre y, tras dejarlo en el escalón que ocupaba, se apartaba un poco. Los griegos se reían al observar los tejemanejes de unos y otros, y ponderaban la belleza del extranjero. Unos la encontraban perfecta y a otros les parecía más bien mediocre, buena sólo para las delicias de la cama, pero no para un deleite superior y público como la palestra, o la antigua y hermosa guerra cantada por los poetas.

—¿Dices que estuviste en la playa de Aguaverde?  
—preguntó Elpidio a Bárbaro, haciendo caso omiso a la desmañada retórica de aquel nuevo pobre, que estaba acostumbrado por su cuna a una existencia regalada, aunque fuese al austero estilo de los suyos. Aprendía con rapidez, pero aún tenía resabios de su vida anterior que le hacían parecer pedante—. ¿Y qué hacías allí?

—Velar por mi compañero de escalón. El Rubio se levantó en plena noche y me desperté. Le seguí sin que se diera cuenta, pues quise saber adónde se dirigía a esas horas. Fue una caminata mortal. Le alcancé en el camino hacia el rompeolas del puerto grande. A partir

de allí aflojé la marcha pero seguí tras él, y fuimos a parar a la parte norte de Faros. Aunque estoy acostumbrado a andar mucho y no me canso, me cansé. Lo reconozco.

—¿Qué tiene de extraño cansarse de recorrer a pie esa distancia enorme? Yo me hubiera reventado, y eso que estoy acostumbrado a medir Alejandría con los pies.

—Tú sí, pero tú eres viejo. Yo no puedo permitirme debilidades y he de conservar en buen estado mi única posesión, que es mi cuerpo. Además, aunque el lugar al que me condujo la persecución del Rubio estaba lejos, no era para tanto. Estoy perdiendo facultades. Tengo que hacer ejercicio, pero el gimnasio es caro y no puedo permitírmelo —dijo, fastidiado.

Elpidio sonrió, comprensivo. Aquel muchacho, acostumbrado desde la infancia a ejercitarse en la lucha, la caza y la equitación, disciplinas propias de la educación de los príncipes, necesitaba cultivar el cuerpo además de la mente. También los cínicos antiguos habían sido buenos atletas, pero las cosas habían cambiado. Su saber era ahora sedentario y el ritmo de sus vidas, perezoso.

—Cuando llegamos a la playa —continuó Bárbaro—, me senté detrás de unas rocas a mirar. No le estaba espiando, pero no hay otra palabra para lo que hacía: verle sin ser visto. Sin embargo, no fue a él a quien vi sino a una muchedumbre de gente rica que se alum-

braba con antorchas y se estaba congregando junto al mar, en una cala muy cerrada que parecía un estanque. Todos llevaban las cabezas veladas, y con sus túnicas oscuras apenas se distinguían en las sombras.

—¿Cómo sabes que eran ricos, si era de noche e iban tan tapados y vistiendo de ese modo? —preguntó Elpidio.

—Por el porte. ¿Es que tú, para reconocer a un esclavo, tienes que pedirle los papeles de su venta? Eran ricos, y algunos, además, nobles. Parecían conocerse entre sí, porque se saludaban afablemente como hacen ellos, sin alborotar, no como el populacho, que no sabe comunicarse si no es gritando y gesticulando.

»Cuando estuvieron todos reunidos, algunos se dispusieron como los mastines que cuidan del rebaño. Eran esclavos, pero distinguidos. Mayordomos, profesores, secretarios, esa clase de gente que, porque sirve a los ricos, se considera superior y está dispuesta a defender a sus amos a muerte. Se notaba que iban armados, aunque no vi un arma. Las llevarían bajo los mantos. Me dio esa impresión.

»Cantaron todos una oración con los brazos en alto. Todos y todas, pues también había mujeres. Yo diría que muchas más que hombres. Dirigían la mirada hacia el lugar del horizonte por donde empezaba a clarear. Cantaban muy bien y la canción era tan hermosa que se me erizó el vello de los brazos y los ojos se

me llenaron de lágrimas a causa de la belleza de su música y también de los versos, aunque indignos de ser cantados por gente cuerda, pues hablaban de cosas fantásticas e incomprensibles. Entendí que celebraban la vuelta de un dios nacido de mujer y de padre celeste, muerto por una raza impía que se había rebelado por orgullo. Había resucitado entre los muertos porque sus enemigos no habían comido su corazón. Alabaron sus bodas celestes con una princesa a quien aludieron repetidamente como “Elegida por un dios tras ser abandonada por un hombre”, sin nombrarla. Pensé que se referían a Ariadna, dejada por Teseo en la isla de Naxos tras la muerte del Minotauro, y rescatada por Dioniso, y a partir de ahí deduje que la deidad a la que rendían culto podía ser Dioniso.

»Dedicaron algún tiempo a sus himnos, y no vi que realizaran ningún sacrificio. No llevaban con ellos ningún animal u ofrenda. Unos sirvientes distribuyeron unas cuantas copas, y las iban llenando según las vaciaban, pasándoselas unos a otros. Hicieron libaciones en el mar, con los pies y las piernas metidos en el agua, y bebieron. Cuando la luz del día empezaba a borrar las sombras de la noche, se despojaron de las vestiduras negras y quedaron cubiertos por túnicas y mantos blancos que llevaban debajo.

»Entonces volví a ver al Rubio. Tú sabes lo sucio que es ese hombre. Mejor dicho, no es que sea sucio

sino más bien que la capa de mugre bajo la que está oculto sólo deja ver sus ojos, y éstos, aunque son muy hermosos, por lo general miran hacia el suelo. Recuerdo una vez que me miró en los escalones de la tumba de Alejandro. La luz del crepúsculo le daba directamente en el rostro. Lucía en la cabeza una corona de pámpanos. Alguno de los que salían de banquetear en las tabernas se la habría dado, y él se la había puesto por broma. Aquel adorno aumentaba lo extraño de su figura desnuda. Los destellos de sus ojos, casi insoportables, hacían de su rostro una máscara tras la cual se adivinaba y temía la cara de una deidad. Me recordó el Baco de piedra roja como la carne y suave como la grasa, que yace castrado en un muladar junto al río y antes, según dicen, estuvo en el mercado del vino sobre un alto pedestal.

—Sí, sí, pero ¿qué ocurrió en Aguaverde? —apremió Elpidio, interesado sobre todo por lo que concernía a la reunión de aquella gente, más que por el Rubio.

Bárbaro continuó su relato sin hacer caso de la pregunta, o más bien interpretándola como un estímulo para seguir.

—Cuando se dirigía al agua con la cabellera gris y apelmazada, sus andares de simio y esa especie de aire grotesco que imprime a toda su figura y hace creer a algunos que es un cínico o un salvaje, parecía una estatua rescatada de un incendio o que hubiera pasado

mucho tiempo bajo el agua tras un naufragio, como el fauno de bronce que encadenaron los cristianos en la cripta de la catedral diciendo que era un demonio.

—¿Y la gente seguía allí? —el interés le hacía olvidar la comida, en tanto que Bárbaro se atiborraba y no le importaba hablar con la boca llena.

—Pues claro. Allí estaban, tan ricos y distinguidos como antes, sin perder la compostura, formando un pasillo muy ancho para que pasara. Él se adentró en el agua mansa y quieta como el aceite. Durante un rato le perdí de vista. Cuando empezaba a pensar que se había ahogado, emergió. Primero vi una cabeza dorada que no me pareció la suya, luego el torso de un dios marino, los muslos de un luchador de claro bronce rojo, brillante de unguento, y finalmente unas piernas rectas y ágiles, que no tenían nada que envidiar a las de Aquiles, y entre los muslos, no esa bellota arrugada que hemos visto tantas veces cuando duerme en la escalinata de la tumba de Alejandro, sino un hermoso racimo de tersos frutos.

»Surgió, en suma, de las aguas como una figura heroica, con el sol derramando sobre su cabeza oro líquido y los ojos más azules que el cielo. Parecía feliz. Los que le esperaban en pie sobre la arena lanzaron una ovación en la que sonó insistente el grito de “Evoé”<sup>2</sup>.

---

(2) Exclamación ritual en honor de Dioniso. (N. del E.)

Me hubiera gustado decirles: “Yo vivo con él bajo las estrellas”, porque me sentía orgulloso de compartir con aquel hombre los mármoles de la tumba del gran Alejandro. Hasta me dije que quizá fuera su espíritu encarnado. Eso me pasa por haber leído demasiados libros. Tienes razón cuando dices que leer no hace más que corromper la mente de los hombres. Todo ha sido escrito para reducirnos a la peor especie de esclavitud: la que encadena los vivos a los muertos y proporciona opiniones como si fueran verdades. Por otra parte, al pensar que aquel bello cuerpo que brotaba de las aguas como Afrodita en Chipre era el fundador, estaba cayendo en la ridícula costumbre de los paganos de ver dioses en todas partes.

—¿El fundador? ¿Quieres decir Alejandro Magno?

A Elpidio le parecía extraordinario que Bárbaro percibiera al Hombre de Oro como un fantasma de Alejandro. Para él, por el contrario, todo lo concerniente al extranjero rubio tenía resonancias de otra clase, menos heroicas y más ambiguas. Al describir la belleza sobrehumana pero mortal del misterioso bañista despojado de su coraza de suciedad, el muchacho estaba evocando la atmósfera de una alegoría política radiante, mientras que a él le sugería algo oscuro, perteneciente a la esfera de Dioniso. Y eso no era tranquilizador. Le aterraba íntimamente. Hasta entonces, aquel mendigo que nada pedía, aquella criatura enig-

mática, desnuda como la Verdad y muda como la Prudencia, había sido una mera presencia en la ciudad, casi una estatua más, pero en cualquier momento podía empezar a moverse. Y moverse, en su caso, era brillar, hablar y probablemente sembrar en los hombres el delirio, y en las mujeres el furor misterioso que las impulsaba a sacrificar a sus hijos creyéndolos bestias salvajes y comer su carne para introducir en su seno la divinidad y tener en adelante una prole divina.

Tan temible podía llegar a ser una epifanía como la que relataba Bárbaro —la aparición de un dios bajo un aspecto humano—, tan odiosa, como las quimeras del obispo Crispulo, o más, si no la reconducía con mano firme un buen político. Orestes, el prefecto augustal, era demasiado tolerante. No sería capaz de manejar una situación como la que podía suscitarse si las sectas dionisíacas decidían abandonar las sombras y los cenáculos donde transcurría discretamente su vida y, olvidando sus rencillas internas, hacían causa común públicamente en torno a un pretendido prodigio.

—Sí, me pareció la viva estampa de Alejandro tal como lo vi hace años, cuando era niño, pintado en el ágora romana de Vucoveni, junto al palacio de los Enuma Draco. ¿Te preocupa algo? —preguntó Bárbaro, al ver al maestro sumido en sus pensamientos con el ceño fruncido.

—No, pero oye, ¿cuándo he dicho yo que leer co -

rompe la mente de los hombres? Quizá ha sido con ocasión de alguna anécdota o paradoja, pero me importa mucho que no me malinterpretes. Los hombres son libres en gran parte gracias a la lectura. No es el habla lo que nos distingue de los animales, sino la escritura, pues cualquiera puede desgañitarse emitiendo sonidos como un asno sin comunicar nada de lo que corresponde a los hombres, pero las frases escritas por los sabios suelen tener un sentido y una belleza que ni los dioses igualarían.

—¿Ah, sí? Pues no te había entendido, perdona. Creí que pensabas que los libros le llenaban a uno de prejuicios e ideas ajenas. Y en cuanto a lo otro, no temas. Te juro, Elpidio, que la transformación del Rubio fue igual que la de Odiseo ante los ojos de Nausicaa en el país de los feacios —curiosamente, cuando hablaba con Elpidio, Bárbaro solía emplear símiles mitológicos, quizá en un afán no consciente de congraciarse con su padrino, que era de origen ateniense—. No hubo la menor maldad en ello. Fue un momento luminoso que no tuvo nada de siniestro.

—¿Te vio él? —preguntó Elpidio, más anhelante de lo que quería parecer.

—No. Los encapuchados le rodearon con mucha devoción y desapareció de mi vista, pero no de mi memoria. Nunca olvidaré su imagen resplandeciente saliendo de las aguas.

—Te has enamorado... —exclamó el filósofo con fingida seriedad.

Su burla enfureció a Bárbaro.

—¡Pero, maestro! ¿Me has tomado por una prostituta o por una criada? ¿No quedamos en que los perros no nos enamoramos?

—No sé por qué no nos vamos a enamorar. Últimamente tergiversas mis enseñanzas de un modo que me alarma. Hiparco se enamoró de Crátilo, lo dejó todo por él y estuvieron juntos hasta la muerte. Y Crates e Hiparquía vivieron juntos y felices muchos años, después de que ella consiguió domarle. Para ellos, una forma de ser perros fue, como sabes, copular en el lecho del banquete a la vista de todos.

—Bueno, pero eso no es enamorarse —protestó el joven—. Eso es la unión de los filósofos que deciden ser compañeros. En realidad te he contado todo esto por si, convirtiéndolo en palabras, podía retenerlo, fijarlo en mi mente, pero las imágenes desaparecen rápidas como un sueño. ¿Qué crees que vi, en definitiva, tú que conoces bien esta ciudad?

—Sin duda, una ceremonia menor de una cofradía dionisíaca griega. Una especie de representación de la purificación y el renacimiento del alma, encarnada por el Rubio, o un renacimiento de Dioniso. Al parecer, todo transcurrió pacíficamente. Quiero decir que nadie les molestó... ¿verdad?

–Nadie. Todo estaba desierto, a no ser que hubiera otros espiando como yo. Cuando acabaron, se fueron en buen orden y en silencio. La playa quedó vacía en un instante. En conjunto, duró muy poco, creo yo. Justo el momento de la salida del sol. A mí también me pareció algo relacionado con Dionisos, pero nunca había asistido a nada semejante.

–El obispo y su gente no madrugan tanto –comentó Elpidio–. Les hubiera encantado aguarles la fiesta. De todas formas, es arriesgado lo que hacen los dionisianos. Son muy valientes.

–No exageres. No hay que ser un héroe para vivir sin estar pendiente del obispo –replicó el joven.

La atención de Bárbaro había quedado prendida de un pensamiento que suscitaron en él las palabras anteriores de su protector, alusivas a los amores de los cínicos. No. Él no amaba al Rubio, aunque le atrajera la fascinante imagen que a veces se superponía como una coraza de oro a su cuerpo sucio.

–Bueno, hijo mío, yo tengo que irme. Ceno con el edil Aristipo y en esa casa todo lo hacen con una hora de adelanto.

Elpidio se despidió del joven y se perdió entre la multitud.